

E T I C A 2 : N O M E N T I R

Eduardo Peña Triviño

No mentir es otro de los principios de la ética de los pueblos indígenas que forman parte de nuestro acervo cultural y están incluidos en la Constitución del Ecuador. Las normas se expresan en forma negativa: no mentir, como también lo hacen algunos preceptos del Decálogo de Moisés.

Empecemos con el significado de la palabra según la RAE: “1. Decir o manifestar lo contrario a lo que se sabe, cree o piensa. 2. Inducir a error. 3. Fingir o aparentar”. Es un acto voluntario que implica el conocimiento de algo que se sabe, pero que no se quiere decir y, al contrario, induce a error, como cuando un testigo no dice la verdad porque tiene algún interés en que no se conozca. Vemos en las películas internacionales que a los testigos en los procesos penales el juez le pregunta si van a “decir la verdad, toda la verdad y solamente la verdad”. Y se le advierte que, si no la dice, queda expuesto a las penas del perjurio. Testificar es algo serio, que puede acarrear condenas graves o eximir responsabilidades a inocentes.

Según la Lógica formal, en breves palabras, el error es la disconformidad entre lo que se piensa y la realidad. Es claro que, puestos a definir conceptos, podemos preguntarnos qué es la realidad y por esa vía perdernos en caminos y elucubraciones sin fin.

Puestos a ser positivos, tenemos que afirmar que la obligación de todo ser humano es no mentir y decir la verdad. Pero el precepto está en negativo, y elude el problema de la verdad. Que es una de las graves cuestiones que el hombre tiene que afrontar, especialmente cuando escribe una crónica para dejar constancia de algo, como en el periodismo, o cuando escribe una historia. Es necesario profundizar sobre el problema de la verdad.

Siempre es bueno recordar lo que nos dejó Herodoto de Halicarnaso sobre la Historia. Y sus palabras: “Esta es la exposición de las investigaciones de Herodoto de Halicarnaso, para que no se desvanezcan con el tiempo los hechos de los hombres, y para que queden sin gloria grandes y maravillosas obras”...Dos verbos debo destacar como importantes: investigar y desvanecer. Porque todo tiene una historia, todo tiene un antecedente que actúa como causa eficiente de algo. Por lo cual decir la verdad es esencial. El historiador honesto y el periodista verídico no escriben o no deben

escribir mentiras o falsedades sino la verdad. Pero sabemos que un problema de la Historia, y del historiador que la escribe, es que no siempre es imparcial o puede prescindir de sus apetitos o aversiones. Los hechos o actos que narra son percibidos por sus sentidos, procesados por su mente, escritos al calor de las circunstancias y siempre de acuerdo con la época en que vive. Nadie puede prescindir de estos procesos mentales y circunstanciales. Tampoco puede dejar de lado las fuentes que investiga, si su relato se refiere a acontecimientos del pasado. Ni puede abstenerse de hacer juicios de valor según sus simpatías e ideas.

Para mejor exponer el problema de la verdad en la Historia, tomemos el caso de uno de los personajes cimeros de nuestra historia, que todavía despierta sentimientos a favor o en contra: Gabriel García Moreno. Uno de sus biógrafos, Roberto Agramonte, cubano, señala a García Moreno como un monstruo megalómano, paranoico, neurótico. Un sicópata completo. Este ser loco pudo ser capaz de todos los crímenes, como el fusilamiento de los capturados en Jambelí, o haber mandado a azotar al general Ayarza, héroe de la independencia, o haber ordenado el fusilamiento del general Manuel Maldonado o el del Dr. Juan Borja.

Benjamín Carrión escribió en esa línea su biografía intitulada “El santo del patíbulo” que no le hace concesiones y más destaca los aspectos negativos de la vida del expresidente.

Para hacer una síntesis de esta posición, y por ser tan deslumbrantes, no me resisto a transcribir las diatribas poéticas de Pablo Neruda en el Canto General:

(...)

De allí nació en tirano. /García Moreno es su nombre. / Chacal enguantado, paciente/ murciélago de sacristía/ recoge ceniza y tormento/en su sombrero de seda/ y hunde las uñas en la sangre/ de los ríos ecuatoriales.

Con los pequeños pies metidos / en escarpines charolados/ santiguándose y encerándose/ en las alfombras del altar, con los faldones sumergidos/ en las aguas procesionales/ baile en el crimen arrastrando/ cadáveres recién fusilados/ desgarrar el pecho de los muertos, / pasea sus huesos volando/ sobre los féretros, vestido/ con plumas de paño agorero. (...)

Hasta que un día entra la luz/ como un puñal en el palacio/ y abre el chaleco hundiendo un rayo/ en la pechera inmaculada. (...)

Así salió García Moreno⁷ del palacio una vez más, volando/ a inspeccionar las sepulturas/ (...) pero esta vez rodó hasta el fondo/ de las masacres, retenido/ entre las víctimas sin nombre/ a la humedad del pudridero.

Dicen que las biografías del padre Gouir y la del jesuita Severo Gomezjurado lo describen como un santo varón que desfilaba como cucurucho en Semana Santa y que era piadoso, comulgaba en sus misas diarias y que era honrado a carta cabal. Fue un gran gobernante, que inició la construcción del ferrocarril Guayaquil-Quito y fundó la Escuela Politécnica Nacional. Siempre están dispuestos a justificar sus errores. Su epistolario con el Papa lo revela como un fiel católico a quien el jefe de la Iglesia estimaba en alto grado y que murió víctima de una conjura de ateos y liberales, aunque no está demostrado que el asesino principal, Faustino Rayo, se hubiera complotado con los jóvenes tiranicidas. No hay explicaciones sobre la ausencia de su edecán o la falta de la guardia presidencial.

Estos biógrafos explican los fusilamientos de Jambelí diciendo que fue una invasión armada, con varios barcos, que García Moreno los declaró piratas, armó un buque mercante inglés y salió al golfo. Los apresó y fusiló como en esa época se hacía con los piratas. En aquellos días la pena de muerte estaba vigente y quien levantaba armas contra el Estado sabía que arriesgaba su vida. Consta en la Historia que Rocafuerte mandó a fusilar a más revolucionarios.

Ambos presidentes querían combatir la anarquía y esa era su principal justificación para tan extremas decisiones.

Bajo otra luz, hay biógrafos como la del investigador norteamericano Richard Pattee, que trata de ser objetivo e imparcial, y su libro es fruto de una meticulosa búsqueda en periódicos, cartas, testimonios y más fuentes, de manera que ofrece una visión ponderada del subtítulo: “El Ecuador de su tiempo”.

Un excelente historiador que se ocupó seriamente del personaje fue Hernán Rodríguez Castelo. Un libro de 1002 páginas, seguidas de una iconografía, publicado en 2014, nos presenta una visión analítica y ponderada, fruto de una muy seria investigación, hecha con los métodos actuales. Esta biografía es una de las mejores de su género y el personaje

que la concita aparece con sus virtudes y defectos, en una búsqueda imparcialidad.

Regresemos al tema de la mentira y digamos que es lo contrario a la verdad.

En las líneas anteriores he recordado que encontrar la verdad, por ejemplo, en la Historia, es tarea difícil, pero no imposible. La RAE nos ayuda con la definición de la palabra: “1. Conformidad de las cosas con el concepto que de ellas se forma la mente. || 2. Conformidad de lo que se dice con lo que se piensa. || 4, Juicio o proposición que no se puede negar racionalmente.”

Pero en la Filosofía Crítica de la Historia, el problema de la verdad es uno de los que más se estudian. Tanto porque se lo liga con el de la objetividad, como porque para algunos esta es prácticamente imposible, porque la razón siempre dudará de los juicios emitidos. El pensamiento humano está siempre sujeto a la condición del ser que piensa y cuando va al pasado en busca de la verdad, se puede afirmar que la encuentra cuando hay coincidencias entre los investigadores sobre los hechos narrados y cuando es posible probarlos con restos, testimonios coincidentes, documentos y hasta relatos y opiniones contrastadas.

Si es posible la verdad, se deriva que hay que decirla toda, sin ocultamientos ni reticencias que puedan llevarnos a interpretaciones erróneas o incompletas. Retiene u oculta información quien se guarda detalles o los ignora voluntariamente, para obtener una ventaja. Esta intención de ocultar detalles que podrían aclarar los hechos que alguien investiga o que le sirven a alguno, un juez, por ejemplo, a llegar a una conclusión verdadera y confiable y por lo tanto hacer responsable a alguien de algún delito, o absolverlo, es a su turno una falta grave que puede ser descrita como un delito de perjurio o falso testimonio. También en los ámbitos de los negocios o el comercio, decir la verdad es un signo de buena fe que mejora y facilita la vida

En la actividad civil que ha ocupado casi toda mi vida, decir la verdad y no retener detalles, puede conducirme, por ejemplo, a otorgar un seguro de vida a una persona que tiene cáncer y no lo declara. De esta manera pretende dejar a alguien, sus hijos, su cónyuge, una pequeña fortuna. Este acto de legar, bueno en sí propio, está manchado por la ocultación de la

verdad y es fallido en sus efectos porque la aseguradora no pagará la suma asegurada por vicio en el consentimiento. En efecto, un requisito para contratar seguros de vida es que el solicitante esté con buena salud.

El mundo de algunos negocios se basa en la buena fe. En la palabra verdadera. En decir siempre la verdad. De igual manera en las ciencias y en todas las actividades humanas. No mentir, es un mandato ético, pero más completo es obligarnos a “decir siempre la verdad”.

Octubre 2/2021